

junio 28, 1955.

Sr. D. Rodrigo de Llano.
Director del Periódico "Excelsior"
Reforma núm. 18.
México 1, D. F.

Distinguido y fino amigo:

Me ha llegado una nueva crítica a la Historia Moderna de México. Es de Don José Fuentes Mares, maestro en Filosofía y licenciado en Derecho de nuestra Universidad Nacional, y residente, desde hace algunos años, en la Ciudad de Chihuahua. Ha publicado dos buenos trabajos históricos: uno sobre el famoso Poinsett y el otro, del año pasado, una biografía de Don Luis Terrazas, el famoso gobernador y ganadero de Chihuahua.

Me parece que hay más palos que otra cosa; pero en fin.

Lo saluda con su agradecimiento, su amigo.

Daniel Cosío Villegas

ANEXOS
DCV/meh.-

SOBRE LA HISTORIA MODERNA DE MEXICO

José Fuentes Mares

Desde la aparición de México a Través de los Siglos, en días ya lejanos, no se había intentado un esfuerzo historiográfico de las ambiciosas proporciones de esta Historia Moderna de México, que acaudilla Daniel Cosío Villegas. Fuera de todo criterio subjetivo, tanto México a Través de los Siglos como el proyecto --consumado ya en su primer volumen--, de la Historia Moderna de México, merecen el mayor respeto, sobre todo si se considera que los problemas que afrontaron son de tal magnitud que, fácilmente, puede hacer degenerar, en minuciosidades de archivero, el gran aliento de la historia viva que se pretende expresar en sus páginas.

La Historia Moderna de México se encuentra en el caso de resolver problemas más complejos que los que tropezó México a Través de los Siglos, donde todavía el hecho desnudo, la fecha, el documento reproducido íntegra o parcialmente, gozaron de la autoridad que les asignara muy larga tradición. La obra que dirige Cosío Villegas no podrá despreciar los elementos en cuestión, pero sí se verá en la necesidad de manejarlos en forma diversa y funcional, integrándolos orgánicamente en la estructura de la época cuya crítica se intenta. Por supuesto que en el esfuerzo de análisis y síntesis, las preocupaciones personales del autor

suelen hacer fracasar la objetividad, pero independientemente de que tal caída es normal en quien se aventura en la disección de las entrañas de su pueblo, siempre será laudable que en una obra como la Historia Moderna de México tal caída guarde, por lo menos, la compostura debida, aun en los momentos en que la pluma se afiebra un tanto, sobre todo cuando se cruzan las sombras del héroe --D. Benito--, y del villano, --D. Porfirio--.

Es digno del mayor interés el método seguido en el análisis y síntesis del material de que se dispuso, cuantioso en grado superlativo, ya que el mismo Cosío Villegas nos dice que cerca de ciento veinticinco mil fichas comprobatorias quedarán, a disposición de los estudiosos, en los archivos del Colegio de México. A los autores de México a Través de los Siglos, pongamos por caso, no inquietó plantear la obra sobre la base de una concreta problemática, y bastóles con avocarse, a su modo, al relato de los grandes temas tal y como éstos se les suscritaban en el orden del tiempo. En su caso fue mayor el esfuerzo acumulatorio del material indispensable, siendo luego relativamente sencilla la tarea de organizarlo cronológicamente, hasta obtener la obra conocida de todos, valiosa sin duda, donde a cada capítulo corresponde un lapso determinado de la historia mexicana.

Es diverso el caso de Cosío Villegas y sus colaboradores, a quienes ya no interesó tanto la historia como relato sino como problema. En la Historia Moderna de México, no podría volverse la espalda al tiempo, que es la circunstancia de la historia, pero el dato cronológico sólo sirve para enmarcar los acontecimientos cruciales de la República Restaurada primero, y del Porfiriato después, hasta lograr, en finales, una síntesis metódi-

ca y atractiva. De los seis volúmenes, los tres primeros se destinan al tema de la República Restaurada (1.- La Vida Política de 1867 a 1876; 2.- La Vida Económica de 1867 a 1876; 3.- La Vida Social de 1867 a 1876), y los tres últimos al Porfiriato (4.- La Vida Política de 1877 a 1911; 5.- La Vida Económica de 1877 a 1911; 6.- La Vida Social de 1877 a 1911). La obra que dirige Cosío Villegas busca y consigue --al menos en el primer volumen a la vista--, una síntesis metódica; tienen allí su lugar el problema y su tiempo; el orden cronológico y la circunstancia.

El manejo de las fuentes informativas constituye uno de los mejores aciertos del libro que comentamos. Servirse de más de cien mil fichas en la confección de una obra no es precisamente tarea de principiantes. La sola faena acumulatoria de materiales es ya en sí importante, más todavía superior resulta el tino para servirse metódicamente de los materiales reunidos. Sólo criticaremos, por ser esta nuestra convicción, la prolijidad en el análisis --y en la correspondiente referencia documental que domina en algunos subcapítulos del Primer Volumen. Citemos como ejemplo el dedicado al Relajamiento Constitucional, y particularmente a la discusión de las leyes contra Salteadores y Plagiarios. Seguramente pudo haberse sintetizado en tres páginas lo que se asentó en treinta, sin que el tema general --el Relajamiento Constitucional-- hubiese resultado planteado en forma menos convincente. La prolijidad es el enemigo número uno de libros como esta Historia Moderna de México, en que se maneja un aparato documental gigantesco. Unas buenas tijeras habrían prestado al libro mayor ligereza, que no es el vicio opuesto a la profundidad, sino la virtud que se mantiene frente a la mi-

nuciosidad extremada, y por ello mismo estéril.

Debe ser apuntada --y elogiada en justicia-- , la marcada importancia que la obra presta a las fuentes primarias sobre las secundarias. Es patente la preocupación por acudir al material de primera mano, por tomar el acontecimiento como fue, o por lo menos lo vieron los contemporáneos, y no como lo enjuició la crítica posterior, ya extraña al contorno de la circunstancia. Las fuentes primarias llevan consigo la frescura emocional de lo históricamente vivo; informan, en tanto que las fuentes secundarias, por regla general, deforman.

Uno de los mayores obstáculos que habrá de superar la Historia Moderna de México, será el de la variada intervención de redactores. Obviamente, como el mismo Cosío Villegas lo dice, una obra de la magnitud de la que nos ocupa muy difícilmente podría ser el fruto del esfuerzo de un solo hombre. No es imposible, por supuesto, pero sí poco probable que coincidan en una obra de esta naturaleza la entrega total de una vida, larga y afanosa, en colaboración con la fortuna mayúscula que exigiría no sólo el tiempo invertido en el trabajo, sino la asequibilidad de los materiales indispensables, todo ello manteniendo al autor alejado de las angustias suscitadas por el problema del pan.

Ciertamente la colaboración de diversos autores en una misma obra implica riesgos graves. No sabemos todavía cómo se resuelvan, dado que este primer volumen que comentamos fue por entero obra personal de Cosío Villegas. Su unidad estilística es, por lo mismo, total. La primera parte: Herencia y Legados, consigue un estilo sugerente, y a veces encantador. Viene a ser posiblemente, en este sentido, lo mejor del volumen, sin que ello

implique desmerecimiento de los restantes, en alguno de los cuales, como ya dijimos, sólo molesta la insistencia sobre temas que pudieron ser tratados con mayor brevedad.

La objetividad que se propone Cosío Villegas en este volumen y en la obra entera, creemos no se mantendrá incólume del todo, fundamentalmente por el antiporfirismo notorio de nuestro autor. Trasciende en este punto la pasión del hombre Daniel Cosío Villegas, y si bien, por supuesto no llega a echar mano de palabras o expresiones de mal gusto, es indudable que la pasión antiporfírica encuentra repetidos cauces de expresión. Así por ejemplo, si espigamos en varios de los capítulos del volumen publicado, aparecerá que al plantear la tesis explicatoria del odio que los hombres de acción experimentan frente a los ideólogos, se acude inmediatamente al ejemplo, de Porfirio Díaz, y a su "desprecio por la palabra y por la pluma". Al mencionar luego la fórmula "menos política y más administración", se hace notar luego que ésta "no fue ciertamente de Díaz". Se traza luego el perfil de D. Porfirio como el de un hombre brutal, acudiendo repetidamente a expresiones como "la ruda mano porfírica", y otras de parecido jaez. Más todavía: en la página 91 de este volumen se escribe: "Díaz a pesar de la insistencia sospechosa con que se han examinado y publicado sus certificados y calificaciones escolares, no era intelectual, y estaba bastante cerca del analfabetismo, padecimiento éste que no cura un título profesional, que Díaz, por otra parte, no obtuvo a pesar de habérselo propuesto. Lerdo era socialmente refinado y Díaz primitivo ..." Y aquí falla el gigantesco aparato documental de que Cosío Villegas dispuso. No existe una sola "llamada" en todo el párrafo que nos permita com-

prender por qué basta el hecho de no ser un intelectual para quedar bastante cerca del analfabetismo. No podría haberla tampoco, por traducirse allí sólo la personalísima inquina de D. Daniel Cosío Villegas. Con el Benémérito, por supuesto, la tónica cambia, orientada hacia la filia: "Era un estupendo y consumado político"; "tenía los ingredientes que hacen al gran político"; "era flexible y conciliador". Todo ello, al igual que la tirada antiporfírica, también de la exclusiva cosecha de Cosío Villegas.

Por el deseo de apuntar las escasas muestras de lo que en este volumen puede llamarse objetable, y no por crítica inmoderada, insistimos en el punto anterior. En conjunto, el primer volumen de la Historia Moderna de México merecerá el aplauso de los más exigentes; las virtudes se impondrán, y sobre todo la más importante en la opinión del autor de esta nota: la de hacer definitiva luz en las angustias de la República Restaurada, poniéndonos en contacto, de paso, con aquella prensa periódica que no volverá, pensante y combatiente, doctrinaria, en contraste con la que nos agobia hoy, víctima de un mercantilismo atroz y sin esperanzas.

La ejemplaridad de aquél periodismo es objetiva, y no requiere comparaciones, al igual que la del parlamentarismo mexicano de la época, auténtico, expresivo de la más viva decisión por la libertad. México fue por poco tiempo una democracia agitada, fiera y desordenadamente si se quiere, pero siempre por el tema de la libertad. La defensa de la Constitución y de las libertades en ella consignadas constituye la preocupación política fundamental; el Congreso contra el Ejecutivo: el Pueblo

frente al Poder.

Independientemente de que entonces vivieron los máximos mexicanos que este país ha conocido, todos, hasta los más discutibles, padecían por la angustia de la libertad. Esta es la lección oculta en el primer volumen de la Historia Moderna de México, la lección que seguramente Cosío Villegas quiso hacer llegar a todos los mexicanos capaces de interesarse en el pasado para normar, sobre esa base, su juicio del presente y su conducta en el futuro. Nos embarcó en la disección de un México angustioso, que a los actuales mexicanos nos parece extraño ya. Extraño, sí, y tal vez perdido, pero siempre vivo este México que se nos fue de las manos, en aras de la paz porfirica primero, y de la demagogia descalza después. La Historia Moderna de México será como una expresión de los sueños que este país vivió tan breve como profundamente.

Sobre la Historia Moderna de México

Por JOSE FUENTES MARES

DESDE la aparición de México a Través de los Siglos, en días ya lejanos, no se había intentado un esfuerzo historiográfico de las ambiciosas proporciones de esta Historia Moderna de México, que acaudilla Daniel Cosío Villegas. Fuera de todo criterio subjetivo, tanto México a Través de los Siglos como el proyecto consumado en su primer volumen— de la Historia Moderna de México, merecen el mayor respeto, sobre todo si se considera que los problemas que afrontaron son de tal magnitud que, fácilmente, puede hacer degenerar en minuciosidades de archivero, el gran aliento de la historia viva que se pretende expresar en sus páginas.

La Historia Moderna de México se encuentra en el caso de resolver problemas más complejos que los que tropezó México a Través de los Siglos, donde todavía el hecho desnudo, la fecha, el documento reproducido íntegro o parcialmente, gozaron de la autoridad que les asignara una muy larga tradición. La obra que dirige Cosío Villegas no podrá desprestigiar los elementos en cuestión, pero sí se verá en la necesidad de manejarlos en forma diversa y funcional, integrándolos orgánicamente en la estructura de la época, cuya crítica se intenta. Por supuesto que en el esfuerzo de análisis y síntesis, las preocupaciones personales del autor suelen hacer fracasar la objetividad, pero independientemente de que tal caída es normal en quien se aventura en la disección de las entrañas de su pueblo, siempre será laudable que en una obra como la Historia Moderna de México, tal caída guarde, por lo menos, la compostura debida, aun en los momentos en que la pluma se afiebra un tanto, sobre todo cuando se cruzan las sombras del héroe don Benito— y del villano don Porfirio—.

Es digno del mayor interés el método seguido en el análisis y síntesis del material de que se dispuso, cuantioso en grado superlativo, ya que el mismo Cosío Villegas nos dice que cerca de ciento veinticinco mil fichas comprobatorias quedarán a disposición de los estudiosos, en los archivos del Colegio México. A los autores de México a Través de los Siglos, pongamos por caso, no inquietó plantear la obra sobre la base de una concreta problemática, bastóles con avocarse, a su modo, al relato de los grandes temas tal y como éstos se les suscitaban en el orden del tiempo. En su caso fué mayor el esfuerzo acumulatorio del material indispensable, siendo luego relativamente sencilla la tarea de organizarlo cronológicamente, hasta obtener la obra conocida de todos, valiosa sin duda, donde a cada capítulo corresponde un lapso determinado de la historia mexicana.

Es diverso el caso de Cosío Villegas y sus colaboradores, a quienes ya no interesó tanto la historia como relato sino como problema. En la Historia Moderna de México no podría volverse la espalda al tiempo, que es la circunstancia de la historia, pero el dato cronológico sólo sirve para enmarcar los acontecimientos cruciales de la República Restaurada, primero, y del porfiriato después, hasta lograr, en finales, una síntesis metódica y

atractiva. De los seis volúmenes, los tres primeros se destinan al tema de la República Restaurada (1.—La Vida Política de 1867 a 1876; 2.—La Vida Económica de 1867 a 1876; 3.—La Vida Social de 1867 a 1876), y los tres últimos al porfiriato (4.—La Vida Política de 1877 a 1911; 5.—La Vida Económica de 1877 a 1911; 6.—La Vida Social de 1877 a 1911). La obra que dirige Cosío Villegas busca y consigue —al menos en el primer volumen a la vista— una síntesis metódica; tienen allí su lugar el problema y su tiempo; el orden cronológico y la circunstancia.

El manejo de las fuentes informativas constituye uno de los mejores aciertos del libro que comentamos. Servirse de más de cien mil fichas en la confección de una obra no es precisamente tarea de principiantes. La sola faena acumulatoria de materiales es ya en sí importante, más todavía superior resulta el tino para servirse metódicamente de los materiales reunidos. Sólo criticaremos, por ser esta nuestra convicción, la prolijidad en el análisis y en la correspondiente referencia documental que domina en algunos subcapítulos del primer volumen. Citemos como ejemplo el dedicado al relajamiento constitucional, y particularmente a la discusión de las leyes contra salteadores y plagarios. Seguramente pudo haberse sintetizado en tres páginas lo que se asentó en treinta, sin que el tema general —el relajamiento constitucional— hubiese resultado planteado en forma menos convincente. La prolijidad es el

enemigo número uno de libros como esta Historia Moderna de México, en que se maneja un aparato documental gigantesco. Unas buenas tijeras habrían prestado al libro mayor ligereza, que no es el vicio opuesto a la profundidad, sino la virtud de que se mantiene frente a la minuciosidad extremada, y por ello mismo estéril.

Debe ser apuntada —y elogiada en justicia— la marcada importancia que la obra presta a las fuentes primarias sobre las secundarias. Es patente la preocupación por acudir al material de primera mano, por tomar el acontecimiento como fué, o por lo menos lo vieron los contemporáneos, y no como lo enjuició la crítica posterior, ya extraña al contorno de la circunstancia. Las fuentes primarias llevan consigo la frescura emocional de lo históricamente vivo; informan, en tanto que las fuentes secundarias, por regla general, deforman.

Uno de los mayores obstáculos que habrá de superar la Historia Moderna de México, será el de la variada intervención de redactores. Obviamente, como el mismo Cosío Villegas lo dice, una obra de la magnitud de la que nos ocupa, muy difícilmente podría ser el fruto del esfuerzo de un solo hombre. No es imposible, por supuesto, pero sí poco probable que coincidan en una obra de esta naturaleza la entrega total de una vida, larga y afanosa, en colaboración con la fortuna mayúscula que exigiría no sólo el tiempo invertido en el trabajo, sino la asequibilidad de los materiales indispensables, todo ello manteniendo al autor alejado de las angustias suscitadas por el problema del pan.

Ciertamente la colaboración de diversos autores en una misma obra implica riesgos graves. No sabemos todavía cómo se resuelvan, dado que este primer volumen que comentamos fué por entero obra personal de Cosío Villegas. Su unidad estilística es, por lo mismo, total. La primera parte: Herencia y Legados, consigue un estilo sugerente y a veces encantador. Viene a ser, posiblemente, en este sentido, lo mejor del volumen, sin que ello implique desmerecimiento de los restantes, en alguno de los cuales, como ya dijimos, sólo molesta la insistencia sobre temas que pudieron ser tratados con mayor brevedad.

La objetividad que se propone Cosío Villegas en este volumen, y en la obra entera, creemos no se mantendrá incólume del todo, fundamentalmente por el anti-porfirismo notorio de nuestro autor. Trasciende en este punto la pasión del hombre Daniel Cosío Villegas, y si bien, por supuesto, no llega a echar mano de palabras o expresiones de mal gusto, es indudable que la pasión antiporfirica encuentra repetidos cauces de expresión. Así por ejemplo, si espigamos en varios de los capítulos del volumen publicado, aparecerá que al plantear la tesis explicatoria del odio que los hombres de acción experimentan frente a los ideólogos, se acude inmediatamente al ejemplo de Porfirio Díaz y a su "desprecio por la palabra y por la pluma". Al mencionar luego la fórmula "menos política y más administración", se hace notar luego que ésta "no fué cier-

amente de Díaz. Se traza luego el perfil de don Porfirio como el de un hombre brutal, acudiendo repetidamente a expresiones como "la ruda mano porfírica", y otras de parecido jaez. Más todavía: en la página 91 de este volumen se escribe: "Díaz, a pesar de la insistencia sospechosa con que se han examinado y publicado sus certificados y calificaciones escolares, no era intelectual y estaba bastante cerca del analfabetismo, padecimiento éste que no cura un título profesional, que Díaz, por otra parte, no obtuvo a pesar de habérselo propuesto. Lerdo era socialmente refinado y Díaz primitivo..." Y aquí falla el gigantesco aparato documental de que Cosío Villegas dispuso. No existe una sola "llamada" en todo el párrafo que nos permita comprender por qué basta el hecho de no ser un intelectual para quedar bastante cerca del analfabetismo. No podría haberla tampoco, por traducirse allí sólo la personalísima inquina de don Daniel Cosío Villegas. Con el Benemérito, por supuesto, la tónica cambia orientada hacia la filia: "Era un estupendo y consumado político"; "tenía los ingredientes que hacen al gran político"; "era flexible y conciliador". Todo ello, al igual que la tirada antiporfírica, también de la exclusiva cosecha de Cosío Villegas.

Por el deseo de apuntar las escasas muestras de lo que en este volumen puede llamarse objetable, y no por crítica inmoderada, insistimos en el punto anterior. En conjunto, el primer volumen de la **Historia Moderna de México** merecerá el aplauso de los más exigentes; las virtudes se impondrán, y sobre todo la más importante en la opinión del autor de esta nota: la de hacer definitiva luz en las angustias de la República Restaurada, poniéndonos en contacto, de paso, con aquella prensa periódica que no volverá, pensante y combatiente, doctrinaria, en contraste con la que nos agobia hoy, víctima de un mercantilismo atroz y sin esperanzas.

La ejemplaridad de aquel periodismo es objetiva, y no requiere comparaciones, al igual que la del parlamentarismo mexicano de la época, auténtico, expresivo de la más viva decisión por la libertad. México fué por poco tiempo una democracia agitada, fiera y desordenadamente si se quiere, pero siempre por el tema de la libertad. La defensa de la Constitución y de las libertades en ella consignadas constituye la preocupación política fundamental; el Congreso contra el Ejecutivo: el pueblo frente al poder.

Independientemente de que entonces vivieron los máximos mexicanos que este país ha conocido, todos, hasta los más discutibles, padecían por la angustia de la libertad. Esta es la lección oculta en el primer volumen de la **Historia Moderna de México**, la lección que seguramente Cosío Villegas quiso hacer llegar a todos los mexicanos capaces de interesarse en el pasado para normar, sobre esa base, su juicio del presente y su conducta en el futuro. Nos embarcó en la disección de un México angustioso, que a los actuales mexicanos nos parece extraño ya. Extraño, sí y tal vez perdido, pero siempre vivo este México que se nos fué de las manos, en aras de la paz porfírica primero, y de la demagogia descalza después. La **Historia Moderna de México** será como una expresión de los sueños que este país vivió tan breve como profundamente. 10